

Papi, no apagues la luz

¿Algunas vez nos hemos preguntado por qué los niños le tienen miedo a la oscuridad? A veces nosotros mismo sentimos cierto rechazo a lugares oscuros.

La mayoría de las personas dirían que es por un sentido de supervivencia. Nuestro sentido principal, la vista, no funciona en la oscuridad y por tanto no podemos defendernos y estamos a merced de lo que pueda suceder allí.

Pero este pensamiento tan racional y elaborado no se aplica a los niños pequeños, que aún no tienen desarrollado el sentido del peligro como los adultos. Aun si nos colocan en un ambiente controlado con toda la certeza de seguridad, nuestro sentimiento de rechazo a la oscuridad, de miedo, nos sobresalta. ¿Respuesta aprendida? Es posible.

Pero me permito introducir ruido a estos esquemas de pensamiento, a estos patrones preestablecidos. Permítanme dar una posible causa sustentada por experiencia “no científica” pero muy creíble desde el fondo de nuestro Ser y lógica si se tiene un esquema de pensamiento menos físico y más “sutil” del Ser Humano.

Para los que manejamos conceptos y experiencias del Hombre como Ser holístico, entendemos la idea de que el Hombre no solo es cuerpo físico sino que tiene una parte energética, otra espiritual, otra astral, además de emocional, mental, causal, entre otros, según el conocimiento que se maneje.

Cada una de estas partes (además del físico) se suele conocer como “Cuerpos Sutiles” y se mantienen en su propio plano (energético, espiritual, etc.). Se sostiene que cada cuerpo tiene su propia conciencia proporcionada por su interacción en su propio plano gracias a sus propios “sentidos”.

Por ejemplo nuestro cuerpo físico, que interactúa dentro del plano físico, posee sentidos que le sirven de “actuadores” de entrada y salida (vista, oído, tacto gusto y olfato) y que le permiten interactuar en el plano físico y crear una conciencia en este mismo plano.

De igual forma los otros cuerpos interactúan con sus propios sentidos con su propio medioambiente, pudiendo sentir cosas particulares de su plano correspondiente.

El Ser humano común, no entrenado, de “conciencia” no abierta, tiene un predominio de su conciencia de cuerpo físico, en el plano físico. Esta conciencia se reafirma según la propia vivencia, según las circunstancias le obliguen a dar mayor importancia a la parte física.

Lo normal sería en el “Hombre integral” que existiera cierta comunicación de las conciencias de los diferentes planos, para actuar según se reciba de cada uno de ellos. Un efecto de esta comunicación se experimenta con las personas videntes.

Voy a poner un ejemplo muy sencillo. Se cree que algunos lugares o personas tienen “energías pesadas” o por lo menos energías no compatibles con las nuestras. Esto explica por qué sin saber nos sentimos poco confortables en algunos lugares o con algunas personas y busquemos la forma de alejarnos de ellos. En este caso, nuestro cuerpo energético está “sintiendo” esa incompatibilidad y se la está comunicando de alguna forma a la conciencia física para que actuemos en consecuencia y nos alejemos o por lo menos nos percatemos “que

hay algo que no va”.

Esta comunicación entre conciencias de planos diferentes generalmente no es razonada. Se puede presentar como presentimientos, sensaciones, sueños, etc. Mientras más predominante o más desarrollada está una conciencia (por ejemplo la física) más difícil es “escuchar” los mensajes de las otras conciencias.

En los niños pequeños no hay ninguna conciencia predominante, y por eso son más “imaginativos”, más “sensitivos” con personas o lugares, más intuitivos, etc. Esta poca diferenciación se va perdiendo mientras crecemos ya que vamos reforzando nuestra conciencia física, nos vamos haciendo más racionales, más lógicos, menos sensitivos.

Existen ejercicios prácticos para “aprender a sentir” las cosas que pasan en otros planos y la mayoría de ellos pasan por una primera instrucción: tratar de adormecer nuestra conciencia física. Y ¿adivinen cómo se hace? Apagando los sensores que permiten a la conciencia de ese plano recibir información, “dejarla ciega”: cerrar los ojos, y aún más, apagar la luz.

Si estamos en una habitación a oscuras, pero aun conscientes (no dormidos) nuestra conciencia de plano físico se adormece y las conciencias de los otros planos comienzan a tomar el mando de nuestro Ser. Así comenzamos a “sentir” con los sentidos de los otros planos.

Esta experiencia para una persona común, no entrenada, puede llegar a ser aterradora. Se reciben sensaciones que no son “normales”, se comienzan a “sentir”, “oír” y “ver” cosas “del mas allá”. Y efectivamente son de más allá de nuestro plano físico.

Si en cambio la persona común se convence de que en la oscuridad no hay nada que ver, ni que sentir ni oír, lo que provoca, sin saberlo, es la anulación de las sensaciones de los otros planos.

En el caso de los niños, ellos tienen todas sus conciencias casi a un mismo nivel por lo que pueden “ver” de forma más vívida “fantasmas”, “oír cosas”, “tener sensaciones” que les producen miedo al no saber qué son o de dónde vienen.

Al prender la luz, nuestro sentido de la vista (del que dependemos principalmente) alerta a la mente consciente y le da colores, formas y texturas para que vuelva a tomar control viendo, analizando, procesando las imágenes, de forma tal que con todo ese trabajo sea la voz predominante. ¿Es supervivencia? Sí, al prender la luz huimos de cosas que no entendemos y que por tanto pueden ser peligrosas.

Así que si alguna vez nuestros niños nos dicen “Papi, no apagues la luz”, no les reprendamos, y pensemos que es posible que ellos de verdad “vean” algo en la oscuridad

Namasté

Pedro A. Gómez R.
Master Reiki Usui-Tibetano
Agosto, 26 del 2008
msm: pgomez777@hotmail.com
<http://www.reiki.org.ve>